

Más público, diversidad de lenguajes y algunas conquistas en el final del festival

DANZA. Entre obras de pequeño formato y otras que coparon los grandes escenarios, el encuentro dedicado a las expresiones coreográficas contemporáneas convocó a 24.000 personas; balance de una bienal en movimiento

Alejandro Cruz
LA NACION

Anteanoche, con la función del espectáculo francés *Gustavia* en la sala mayor del Teatro San Martín, culminó la décima edición del Festival Buenos Aires Danza Contemporánea. La jornada inaugural de este encuentro, que dirige artísticamente la coreógrafa Roxana Grinstein, había sido en el Centro Cultural 25 de Mayo, de Villa Urquiza, con un obra homenaje a Noemí Lapsezon. Entre una acto y otro, durante los nueve días, el encuentro que organiza el Ministerio de Cultura porteño desplegó sus diversos formatos en 29

sedes salpicadas por la ciudad, con un abanico de actividades que incluyó montajes en barrios carenciados, circuitos sugeridos por distintas zonas, talleres, performances, instalaciones, obras de pequeño formato, reflexiones escénicas alrededor de figuras históricas, creadores emergentes y consagrados y espectáculos en grandes escenarios cerrados y al aire libre. De hecho, fue la primera vez que el Teatro Coliseo se sumó al festival. Allí, 1700 personas aplaudieron el domingo a la Compagnia Zappalà Danza (ver aparte).

Una capacidad similar tiene el auditorio de Parque Centenario. Allí, la noche anterior los bailarines de Co-

Este año, hubo un día menos de programación, pero asistió un 20% más de público; también creció la cantidad de actividades

reomanía la roquearon frente a un público dispuesto al baile. Esa obra fue una de las 29 que formaron parte de la selección de piezas nacionales del festival, que incluyó cinco estrenos. *Coreomanía* es una creación

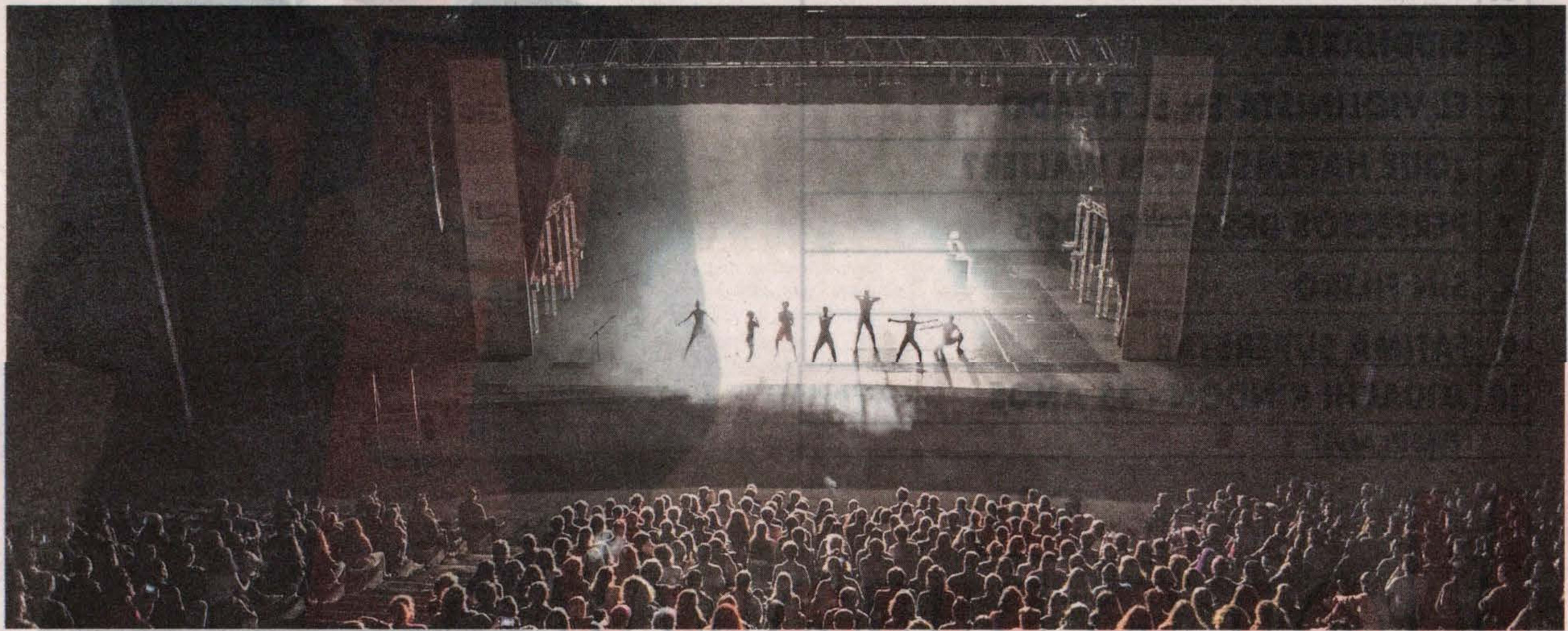
de Josefina Gorostiza. Luego de esa función, la coreógrafa reflexionaba lo siguiente: "Me dejó pensando mucho en el trabajo que hacemos todos nosotros. En eso de sentir que no tenemos tanto público y, de golpe, sucede lo del sábado. Eso pasó solo en el marco de un festival".

La generación de nuevos públicos como la posibilidad para los creadores de foguarse en escenarios diferentes de los habituales es uno de los pilares del encuentro. Este año, según cifras oficiales, a las nueve jornadas asistieron 24.000 espectadores en las 143 actividades programadas que, como viene sucediendo, son con entrada gratuita. En la edición

anterior del festival, hace dos años, habían sido diez los días, y el público había alcanzado 20.000 personas para las 117 actividades. Aquella vez se había hecho todo a las apuradas. Este año no. Ese tiempo de gestión permitió ampliar la base de acuerdos con otros organismos de fomento y con instituciones extranjeras.

Hay, sí, una coincidencia entre un año y otro: en ambas temporadas, Ciudadanza, el otro festival del género que trabaja sobre los paisajes urbanos, perdió su continuidad.

Más allá del frío de los números, hay algo de celebración, de comunión de amigos, que se pone a prueba en este encuentro bienal. ●



Luego de haberse estrenado en una salita del Rojas, *Coreomanía* colmó el anfiteatro del Parque Centenario

FOTOS FESTIVALES BA

Desprejuiciado juego de manchas

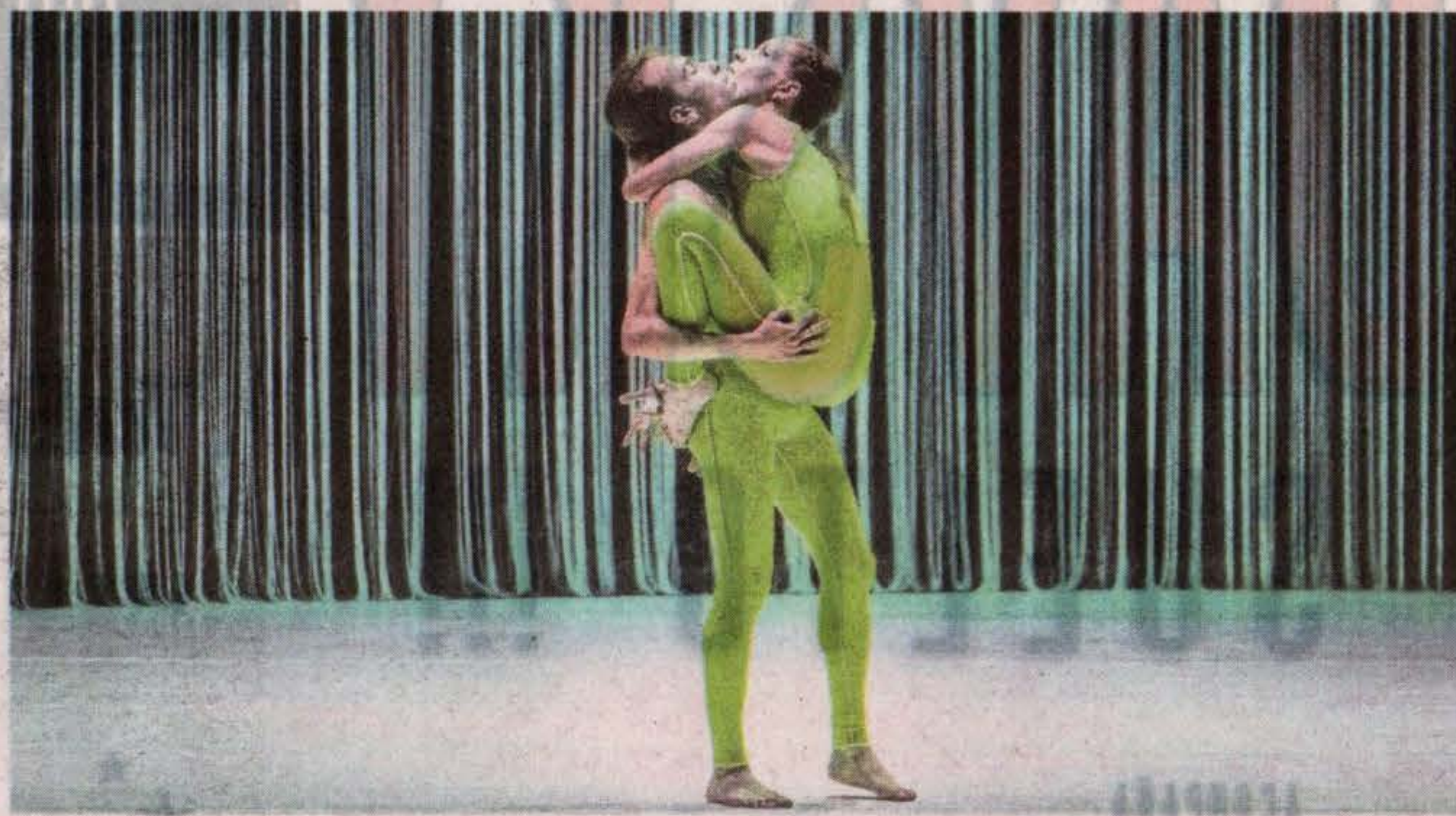
La programación internacional del Festival Buenos Aires Danza Contemporánea abrió con *Endo*, una obra del coreógrafo y bailarín francés David Wampach y Association Achles.

Dos cuerpos muy disímiles entre sí, el del mismo Wampach y el de Tamar Shelif, se presentan en un simple espacio escénico, blanco, deliberadamente pulcro. En medio de un mapa sonoro cargado de referencias y citas, los bailarines van desplegando una performance de fuerte carácter lúdico, desprejuiciado y clownesco, que se corre de las búsquedas más conceptuales y de ciertas propuestas coreográficas más formales.

Los dos performers, la mayoría de las veces desnudos, son pura energía, entrega, divertimento, virtuosismo. A los pocos minutos de comenzada la acción, del blanco original del piso y las paredes quedará poco (en verdad, no queda nada). Sus cuerpos devienen pinceles y a la vez son lienzo, tachos de pintura y manchas pictóricas en constante transformación. Fondo y figura se confunden.

La segunda función en el Cultural San Martín, hay que reconocer, tuvo su yapa: a poco de finalizar, la consola de luces dejó de funcionar. Fueron los celulares del público los que terminaron iluminando la experiencia, logrando un efecto expansivo que entabló un profundo diálogo interno con la propuesta de estos dos creadores. ●

Alejandro Cruz



Una pareja de la compañía siciliana Zappalà, en la magnífica puesta de *I'am beautiful*

Bella, bella, bella

Soy bella es una escultura del célebre Rodin. Inmóvil, así como la vemos —o la evocamos—, porque no está aquí en el escenario, claro, alude a su vez a los primeros versos de un poema de Baudelaire, *La beauté*: "Soy hermosa, oh mortales, como un sueño de piedra". Y el deseo, el afán, la incontinencia por salir del yeso y volverse movimiento, sin perder un ápice de belleza plástica, se llama *I'am beautiful*.

Puede sonar contradictorio, pero no: la obra que la compañía siciliana Zappalà trajo al Festival de Danza Contemporánea es rigurosa y libre, formal y visceral; despabila articulaciones y emociones, y sacude al ciclo Italia XXI en una única función en el Teatro Coliseo.

De ropa interior blanca a una segunda piel ver-

de alienígena; de un arranque percusivo, tribal, primero, al borde de un estado de rock tras el pasaje de secuencias electrónicas; la pieza pone en tránsito a un elenco que se expresa hasta con la lengua en una coreografía siempre colectiva que sabe dar lugar a soliloquios.

A los nueve intérpretes y los cinco músicos, ocultos aun a la vista tras un magnífico cortinado de flecos impoluto, y al señor Zappalà le vale una exclamación final: *You're (so) beautiful!*

Quieto como una escultura, sin parpadear, el público puede haberse perdido sin traducción ni programa de mano en un texto pronunciado en francés. Ojalá alguien más haya logrado recuperar la última frase: "El acto de mirar es una forma de plegaria". ● Constanza Bertolini

Dúo con muchas horas de vuelo

Dos mujeres se vuelven siamesas o se ignoran sin remedio. Competencia. Venganza. Compulsión o deseo. Lo que *Gustavia* demuestra es que en todo el mundo los mandatos sociales sobre lo femenino son los mismos. Que las contradicciones no tienen fronteras. Que la ironía no tiene límites.

Mathilde Monnier & La Ribot, cerraron anteanoche el Festival Buenos Aires Danza Contemporánea con uno de los espectáculos internacionales del programa, que ya cumple 10 años de gira por el mundo. Con mucho *slapstick* de hace 100 años y mucha repetición del siglo XXI.

El piso entelado en desprolijidad aparente les permite encontrar puntas para tirar y seguir jugando, colgarse de un telón, pelear por una silla.

Dominique Fabrègue plantea un vestuario para jugar a desvestirse parcialmente como autómatas y desafiar las convenciones. Hace años que Monnier y La Ribot pasaron los cincuenta y se adueñan del escenario con una asombrosa flexibilidad.

Abundan los momentos hablados —casi siempre en inglés o francés—. De modo que entre la traducción mental y la cacofonía quedan muchos cabos sueltos. Algunos ríen sin preguntarse nada. Otros recuperan la costumbre porteña de comentar a la salida para compartir interpretaciones posibles. ●

Laura Chertkoff